



E N E L

E S T R E L L A P U E R T A D E L S O L

Autor: Juan José Fernández Delgado

Aquella tarde de finales de octubre, Genoveve se despidió de Fernando, el padre de su hija, repitiendo la misma frase con que hacía media hora había iniciado la conversación telefónica, que se había desarrollado entre Madrid y Ginebra: “Sí, mañana día 28, cojo el *Estrella Puerta del Sol* y nos encontramos en París. Sí. En casa de Carlos. Donde siempre, claro, claro”. Y añadió: “Dos besos: uno de mi parte y otro de la niña. ¡Que ya ha cumplido mes y medio y es la primera vez que va a viajar!”. Y Genoveve, después de bañar a la niña y dejarla dormida en la cuna, preparó el equipaje, el doble equipaje, dedujo que no hacía falta poner el despertador porque la niña tenía la segunda toma a las ocho de la mañana y el taxi vendría a buscarla a las nueve y media. “Aún restará media hora para salir. De casa a Chamartín, veinte minutos, que sea media hora, ¿y qué?, si el *Estrella* sale a las diez y treinta minutos”. Se duchó, cogió **Los pasos perdidos**, de Alejo Carpentier, que había comprado esa tarde en la Casa del Libro, y se metió en la cama. Después de leer un rato, apagó la luz, pero, inmediatamente, la enciende para asegurarse de que había metido el pasaporte en el bolso de mano. “Sí, perfecto. Todo en orden”, y volvió a apagar la luz del dormitorio.

...Y la niña pidió lo que necesitaba a la hora prevista, y el taxista llamó al timbre del octavo piso, letra H, portal 124 de Bravo Murillo y llegó a Chamartín unos cinco minutos antes de lo previsto por Genoveve. Y en la puerta principal de la ancha estación, acomodó el nido-cuna en su maleta, entró en el espacioso vestíbulo, buscó con la vista el panel de “largo recorrido” y leyó que, en efecto, el *Estrella Puerta del Sol* con destino a París estaba estacionado en el andén número uno y saldría a la hora anunciada; y sin prisas, bajó los dos tramos de escaleras mecánicas, buscó la correspondiente salida al andén del *Estrella* y subió al tercer vagón, referencia especial, cómodo, limpio y recién perfumado con el ambientador. Localizó sus dos asientos, colocó el equipaje en el portamaletas y se dispuso a leer. Poco después, llegaron al compartimento los primeros compañeros de viaje: un matrimonio de mediana edad con destino a Irún y un

cura que se bajaría en Burgos.

-Buenos días –saludó el cura al entrar-. Parece que vamos a ir cómodos.

-Si no vienen más viajeros iremos bastante comoditos –argumentó el marido.

-Si yo sé que sólo viajábamos tan pocos, saco sólo un tiket, *bien sûr*, porque no saco el de Andrea, y me ahorro el importe de un tiket hasta París.

- ¿Andrea? ¿Quién es Andrea? –preguntó la mujer.

-Mi hija, *voilà ici* –dijo Genoveve apartando la vista de **Los pasos perdidos**.

-Aguarde, aguarde a que se ponga en marcha el *Estrella* para saber cómo nos quedamos, y aún hay que aguardar a ver qué nos deparan las estaciones de Aranda de Duero, de Burgos, de Miranda de Ebro, de Vitoria, de Alsasua, de Tolosa y de San Sebastián. Si hasta allí no ha subido nadie a nuestro compartimento, tanto mejor; después, tendrán aún más espacio porque nosotros nos bajamos en Irún.

-Y si es así –añade el cura-, desde Burgos irán aún más espaciosos, porque yo en Burgos les dejo, vamos, me apeo en *Burgos-Avenida*.

-¿Puede decirme qué es eso de “Burgos-Avenida”? ¿Va usted a Burgos o no va a Burgos?, porque yo no conozco ninguna ciudad española que se llame *Burgos-Avenida*. Ahora, si es un apeadero o una estación secundaria... A ver –preguntó la mujer.

-Sí, a Burgos voy, y la estación de tren de Burgos se llama *Burgos-Avenida*.

-De Madrid, Avenida de Madrid, se entiende de todas todas –aseguró el marido.

-No, no, Avenida de Valencia.

-¿De Valencia? Es que...

-Es que en esa dirección se apunta hacia la ciudad del Turia.

-¡Lo que se aprende viajando! –concluyó el marido.

Y ya había dejado el tercer coche la marquesina de la estación, que semejaba una enorme ceja, y el pabellón de “Consigna”, y la sala de telégrafos, y el puesto de comisaría y la cantina, a la que entraban dos jóvenes turistas, pecosas y acangrejadas, con sus abultadas mochilas a la espalda, y discos y señales verdes y rojas, y varios vagones aparcados en vías fuera de servicio, quién sabe si esperando las manos reparadoras del fontanero o del electricista o, quizá, la hora amarga del despiece, cuando entró en el compartimento un hombre alto, delgado, con bigote afilado, que portaba un maletín por todo equipaje y un periódico debajo del brazo.

-Buenos días –dijo consultando su billete e intentando localizar su plaza, que halló en el primer asiento de la derecha según se entra en el departamento-. Se sentó, colocó el maletín entre él y el brazo del asiento y se puso a leer el diario, que se le había

caído mientras buscaba su asiento.

De vez en cuando, la mujer del matrimonio que iba a Irún rompía el silencio para decir que Andrea dormía “como un angelito”; también en voz baja murmuraba alguna cosa consabida, porque el marido respondía con un cabeceo que venía a significar “Sí, sí, me doy cuenta” o “Sí, ya lo sé”. También se rompió a la altura de Somosierra, cuando el revisor entró en el departamento y solicitó los billetes, y cuando Andrea emitió un par de gemidos para afirmar su presencia y pedir lo que a esa hora le correspondía, por lo que Genoveve se alzó el jersey con sumo recato y la niña encontró lo que buscaba; al rato, dormía en el nido-cuna. Pero todo ello no impide afirmar, sin dar pábulo a la mentira, que el silencio se había hecho absoluto cuando la locomotora inició su galope y dejó atrás la estación de Chamartín con todo lo que conlleva de sorpresas y alegrías, de esperas y decepciones, hasta que poco antes de la parada obligatoria en Aranda de Duero dijo el hombre del bigote afilado:

-Disculpen. No sé si les he dicho que yo me apeo en Miranda, Miranda de Ebro.

-No, no lo había dicho, y me ha extrañado que no lo dijera –respondió la señora del matrimonio que va a Irún ¿y también nativos de esa ciudad del norte de España?

-¿Y por qué le ha extrañado, señora?

-Porque lo primero que hace una persona educada, una persona que viaja...

-Y dice usted muy bien –corroboró el cura-, porque al que viaja se le supone un punto más de cultura que a los oficinistas y administrativos, atados como están al sillón de su oficio, y no viajan, y no conocen, y no intercambian sus opiniones con otras gentes que no sean sus propios compañeros, tan limitados en este aspecto como ellos.

-Pues decía –decía el marido que viajaba a Irún, contrariado y perplejo por la interrupción inesperada del cura-, que lo primero que hace –o debe hacer- cualquier persona que viaja y entra en un departamento de tren, y más si ese tren es de largo recorrido, es decir cuál es su profesión y hasta dónde acompañará a los demás viajeros, como aquí –dijo señalando al cura-, que ha dicho que va a Burgos...

-Y si no ha dicho cuál es su profesión es porque bien claro se ve – cortó y aclaró la mujer del matrimonio que iba a Irún.

-¿Te puedes callar, Aurora? –le reprochó el marido-. Exacto, aquí –y volvió a señalar al cura-, está diciendo bien a las claras que es cura, a pesar de que los curas ya no lleven sotana ni tengan hecha la coronilla, y ya ha dicho que nos acompaña hasta Burgos, y la joven madre va a...

-A París –atajó Genoveve-. Andrea y yo viajamos juntas por primera vez a París,

Paris-Austerlitz Grandes Lignes. Allí nos espera Fernando.

-Lo dijo nada más entrar –corroboró la supuesta mujer de Irún-, que te olvidas de las cosas con demasiada frecuencia –continuó recriminando ahora a su marido-. A ver, usted ha dicho que va a Aranda, pues faltará ya bien poquito.

-Señora... Aurori, ¡por Dios!... -dijeron al mismo tiempo el hombre del bigotito y Eladio, el marido de Aurora. Que ya hemos parado en Aranda y hemos reanudado la marcha –continuó el marido conteniendo el tono del reproche.

-A Mi, Miranda de Ebro –corrigió el sastre-. Allí me espera mi profesión. Allí me veo obligado a abandonarlos. Allí tendré que dejar esta amena y sabrosa compañía.

-Bien, pero no ha declarado usted todavía cuál es su oficio o profesión.

-¡Discúlpenme! Sastre, sastre es lo que soy, y sastre era mi abuelo y sastre mi padre. Por eso nos llaman en Miranda, señora, en Miranda de Ebro, “los Sastres”, y por eso me gusta decir que soy sastre antes que modisto. Lo de modisto me suena a marimacho, a algo vulgarote, mientras que sastre es la palabra que se ha dicho toda la vida y tiene tras ella mucha literatura, y no toda agradable para los de mi oficio.

-Oiga, -atajó el cura-, ¿es verdad de los sastres celebran a San Homobono el 13 de noviembre? Pues ya pronto...

-Oiga, *pater*, Eufemio me llamo, el de buen nombre, en griego, y eso de San Homobono es una de las muchas pullas con que nos agujonean a los sastres, así que le ruego que dejemos la fiesta en paz.

-Disculpe –se excusó el cura-, no he pretendido ofenderle, pero como la vida de San Homobono viene relatada en el santoral, lo cual quiere decir que existió y vivió, y se le da como nacido y muerto en la ciudad de Cremona, y como la Santa Iglesia conmemora su muerte cada trece de noviembre, creía que era verdad esa advocación...

-Es verdad todo eso, y también que se cuentan muchos dicharachos y chistes sobre los sastres, y no todos con buena fama para nuestra profesión, y muchos refranes tampoco nos dejan bien; de aquí que se nos cobije bajo este santo patrón, muy bondadoso y generoso, aun muy a pesar de su parienta, con el remoquete de que nosotros tenemos poco de..., vamos, que la generosidad no es nuestro fuerte.

-¿Y quién era su parienta? ¿Una hermana de su madre, una...? -preguntó intrigada Aurora.

-No, me refiero a su mujer, a la esposa de San Homobono.

-¡Ay, Dios mío, lo que hay que oír! ¿Qué ha dicho? ¿Qué San Homobono estaba casado? ¿Es que los santos se pueden casar?

-Claro que se pueden casar los santos –respondió el cura-. La santidad está en cualquier estado y condición de los humanos. ¿No recuerda que los santos apóstoles estaban casados y abandonaron sus casas y profesiones por y para seguir a Jesucristo?

-Y si los santos y los apóstoles podían casarse, ¿por qué no se pueden casar los curas, vamos, usted mismo? Porque no me va a decir usted que está casado, que ya sería el acabóse. ¡Vamos, un cura casado! –dijo la mujer santiguándose-. ¿Habrás visto cosa semejante? Si es que ya...

-No, no estoy casado, ni los sacerdotes podemos casarnos.

-¿Y por qué? –preguntó de manera tajante el sastre-. ¿Por qué? A ver.

-Porque nuestro voto de castidad significa renunciar al matrimonio. La castidad es una virtud que supone abstinencia de todo goce carnal.

-¿Y hay que privarse siempre siempre? –pregunta insistente el sastre.

-Sí, siempre –respondió muy serio el cura.

-¿Y cuando las ganas acuden...? –insistió el de Miranda, Miranda de Ebro.

-Ducha de agua fría, eso es lo que tengo oído –contestó el marido de Irún.

-También los sueños colaboran- añadió el cura mirando hacia la ventanilla.

-Oiga, *pater*, que la próxima estación es Burgos –recordó Genoveve consultando el plano de la ruta.

-Muchas gracias, pero no hay cuidado; ahora el tren tiene que buscar el centro de la ciudad. Quedan unos diez kilómetros para *Burgos-Avenida* y hay otros tantos pasos a nivel, como éste de la calle Madrid, y el de Santa Dorotea, y tiene que cruzar el Arlanzón, donde hubo un terrorífico accidente ferroviario por San Blas de 1949. En fin, que hay tiempo.

En efecto; nada más salir de un túnel, la locomotora lanzó un estruendoso pitido que llegó hasta una ciudad puntualizada por torres, agujas y espadañas separadas por manchas verdes y por notas blancas y rojas de fachadas y tejados. Al momento, desapareció la ciudad y volvió a sonar el silbido de la locomotora al tiempo que reducía su ímpetu. Al recuperar la línea recta, se distinguía al fondo el rojo imperativo de un disco que redujo aún más la marcha, hasta detenerla ante la visera del guardabarreras, que había bajado el travesaño blanco y rojo del paso a nivel y no lo levantaría hasta que pasara el Talgo que va a buscar en Lisboa la estación de Santa Apolonia. Y después de unos minutos, la locomotora se puso en marcha, y nos fue enseñando cómo el ímpetu urbanístico burgalés acosaba por todas partes el discurrir indiferente del tren mientras aspira a su merecido reposo en *Burgos-Avenida*.

-Adiós, adiós. Buen viaje y ánimo, que ya llevan recorrida la mitad justa del trayecto -deseaba el cura en su despedida-. Que nos volvamos a encontrar viajando.

En Burgos se detuvo el tren veinte minutos y cambiaron la locomotora, de modo que otra Diésel-4000 reanudó el galope para ganar los ochenta kilómetros que faltaban para Miranda. Durante el trayecto, el sastre recriminaba una cierta ironía al cura:

-¡Vaya con el curita! Que si celebramos a San Homobono...

-No es para ponerse así -atajaba la mujer que va a Irún-. A mí lo que me ha dejado pasmada ha sido lo del casamiento de los santos. Vamos, es que...

-Aurori, vamos a hablar de otra cosa. Mejor cállate, que se ha dormido Genoveva, porque digo yo que Genoveve quiere decir en español Genoveva.

-¿De dónde sacas tú Genoveve? -preguntó la mujer.

-Mira -respondió señalando una tarjeta plastificada que colgaba del asa del nido-cuna-. También pone Andrea Lorenzo. Claro, el nombre de la madre y de la hija.

-¿Lorenzo? ¿Pues no es niña y se llama Andrea? ¿Lorenzo?

-Será el apellido del padre de la niña, vamos, de Andrea. Estás hoy, Aurori...

-Pues sí, se ha dormido, pero la niña acaba de despertarse. Y yo les dejo, que ya tocamos estación. Adiós, adiós, buen viaje. Y ya saben, de "los Sastres" de Miranda.

La niña después del segundo gemido se quedó dormida y, al poco, dormía también el matrimonio, que no despertó hasta que el grito estridente de la locomotora, saliendo del enésimo túnel antes de llegar a Irún, estalló liberada de tanto encierro en el vientre de los montes para solicitar "vía libre". Habría que decir que el silbido despertó también a Genoveve y a la niña, que daba muestras de que necesitaba limpieza.

-Menos mal a la locomotora, que se ve que tiene buenos pulmones para silbar como silba, que si no, me encuentro en Hendaya -dijo el marido.

-Pues anda que yo, Virgen santa, que me he quedado completamente traspuesta. Pues ya hemos llegado, Genoveva, porque te puedo llamar Genoveva.

-¡Oh, sí! *Bien sûr*.

-Pues muchas gracias por tu compañía. A ver si nos volvemos a encontrar. Y que la nena cumpla muchos más y se haga pronto una mocita -deseó la mujer.

-A ver si coincidimos otra vez -dijo el hombre abandonando el compartimento.

Y en Irún, después de desligar algunos vagones del convoy, operan los guardagujas para desviar el resto hasta el bulevar del general De Gaulle, que allí es donde se encuentra la estación de ferrocarril de Hendaya. Y en la *gare d,Hendaye*, a los guardagujas se unen varios mozos de andén y una máquina-piloto, que se afanan en

ordenar y separar los convoyes y, a través de un dédalo de raíles, preparan el eje o carretón –hoy dicen *bogie-*, sobre el que se fijan las ruedas de los vagones que han de entrar en Francia, con el fin de amoldarlos a la anchura de las vías internacionales, trabajos que duran cerca de cuarenta y cinco minutos, aprovechados por Genoveve para limpiar a la niña y para refrescarse. Cuando regresó a su asiento del vagón “referencia especial”, al instante, se presentó el inspector de policía solicitando la documentación de los viajeros.

-¿Otra vez? –preguntó contrariada Genoveve-. Yo ya mostré mi tiket en...

-Discúlpeme, señora, cruzamos ahora la frontera y es necesario comprobar la identidad de todos los viajeros. El pasaporte, vamos.

-¡Ah!, perdón! *C,est bien. Voila ici* –y Genoveve le dio el pasaporte, sobre el que el inspector pasó la vista de manera rutinaria, y se lo devolvió pidiéndole la documentación “del crío”.

-¿El Pasaporte de Andrea? ¿Documentación? ¿Qué papeles?, si mi hija tiene tan solamente un mes y medio de vida. Hoy precisamente se cumple el mes y medio de su nacimiento.

-Muy bien, señora, pero tendrá usted el libro de familia, el certificado de registro civil, algún documento, algo que demuestre que esta niña, ¿niña ha dicho usted?

-Sí, niña, y se llama Andrea.

-... que esta niña es suya, que no se trata de tráfico infantil, que...

-¿Tráfico de niños? ¡Si Andrea es mi hija! –responde Genoveve desesperada.

-Mire, señora, usted puede pasar armas, traficar con drogas, evadir dinero, pero comerciar con niños... Eso está gravemente penalizado, penalizado para el infractor, que en este caso sería usted la infractora, y para quien lo consiente haciendo la vista gorda, que en este supuesto caso sería yo. Así que, la documentación del crío.

-¡Que no es tráfico de niños!, ¡Que Andrea es mi hija y de Fernando!

-A ver. ¿Ha hecho usted más veces este trayecto? ¿Ha viajado usted antes en esta línea? ¿De dónde viene y adónde va?

-He salido de Madrid, donde vivo y trabajo, aunque soy francesa, de Bezier, y voy a París para encontrarme con Fernando, mi pareja y el padre de Andrea, que trabaja en Ginebra. Y en París dividimos la distancia. *C,est tout.*

-¿Ha hecho usted este trayecto en otras ocasiones o es éste...?

-Sí, he viajado muchas veces, diez, quince, veinte veces, dos veces por el mes, para encontrarme con Fernando en París. Siempre nos encontramos en París, y vamos a

la casa de un profesor, muy amigo nuestro, Carlos, *Carlitos*. ¡Por cierto! –añadió Genoveve con la impresión radiante que suben al rostro ocurrencias inesperadas y aportan un rayo de esperanza en situaciones agobiantes-. Por cierto, nuestro amigo profesor se llama Carlos, Carlos Ramírez, y viaja todas las semanas en este tren, porque da clases de español en la Sorbonne y de francés en Ciudad Real, y en su casa de París nos encontramos Fernando y yo, y este es el primer viaje que lo hago con mi hija, con Andrea, de modo que ni me he preocupado de su documentación. He cogido mi pasaporte, como siempre, y como siempre he llegado hasta aquí.

-Pues ha de saber que para usted ya no es nada igual a como era antes de tener a ¿Andrea? ¿Andrea ha dicho que se llama la niña?

-Sí, Andrea.

-Usted debe viajar al extranjero con su pasaporte y el libro de familia, como mínimo, porque ahí está registrada su hija. ¿Su hija? –dudó con ironía el inspector.

-Sí, mi hija, mi hija Andrea, y vamos, vamos a...

-Van a casa de Carlos Ramírez, *Rue Lecourbe, núm. 28; 6D...*

-*Oui,oui,oui. C'est la, C'est la. Apres l'Ecole Militaire...*

-Bien, bien, bien. Van a la casa del cabrón ese que nos gana la pasta al póker todas las semanas en los viajes de ida y de vuelta. Carlos el de los puros, el de las colecciones de relojes y de muñecas, el que saca un par de cajas de puros, finos, golosos, que te invitan a cogerlos y morderlos como el Clint Eastwood de **La muerte tenía un precio**, mientras jugamos las partidas para que gocemos fumando de lo ajeno. Pero, mientras, él se dice por lo bajo, para él y para su bigote de escoba de water: “Fumad, fumad, que con vuestro dinero lo pagáis”.

-¿Le conoces, entonces? ¿Conoces a *Carlitos*? –y Genoveve no pudo impedir que dos grandes lagrimones resbalaran por sus mejillas.

-¡Que si le conozco! Y porque le conozco y envidio su suerte a las cartas, y porque es un buen tipo, que apuesta y busca la suerte en el juego, ¡y la encuentra, el muy mamón!, le voy a dejar pasar, pero, Genoveve, no olvide que para usted ya nada volverá a ser *como siempre* desde que nació Andrea.

Y Genoveve, sin dejar de llorar, abrió su equipaje y sacó un paquete de puros.

-Tome, señor inspector estos puros que llevo para *Carlitos*.

-¡Ah!, pues sí los acepto. Dígale que el inspector Florencio, Florencio Ontalba se lo agradece, y que los saborearé con sumo gusto porque será la única vez que me fume sus puros sin coste alguno, gratuitamente.